

El guardián y las cenizas

JUAN GRACIA ARMENDÁRIZ

Dijo mucho más, cosas cuyo recuerdo me resulta intolerable, incluso veinte años después. Por fin conseguí que se durmiera y, lleno de tristeza, me retiré a descansar.

Evelyn Waugh. *Retorno a Brideshead*

Entreví al mayordomo al fondo de la sala en penumbras, en el contraluz dorado de aquel mes de octubre que se colaba a través de los ventanales y que daba a la estancia una rara apariencia de lejanía. Estaba sentado en un sillón de orejas, bajo un cuadro del difunto Orlando Ros –retratado veinte años atrás, apoyado en la chimenea de la casa con ademán de juvenil osadía, un clavel en el ojal de la americana cruzada–. El hombre permanecía con la mirada abstracta, encogido contra el sillón, ajeno en apariencia al tráfico de policías y reporteros de sucesos, como si todo aquel ajetreo no fuera con él o deseara hallarse en otro tiempo o en otro país. Le observé desde el otro lado de la sala dudando si debía abordarle en ese instante o esperar al día después del entierro. El hombre se miraba la punta de los zapatos color vinagre y a ratos jugueteaba con un cigarrillo entre los dedos largos y manicurados. Decidí que debía aprovechar la oportunidad. Crucé la sala y mis pasos crujieron sobre la madera encerada del parqué.

– Alfredo Ubach, de la Universidad de Salamanca. Mucho gusto, señor Guzmán –dije tratando de aparentar una calma que no sentía, con la mano extendida hacia el hombre sentado.

El mayordomo no hizo el menor gesto. Simplemente, y sin levantar la vista de las punteras de sus zapatos, respondió en tono monocorde:

– Ya he hablado bastante por hoy, ¿no cree?

Traté de explicar que el motivo de mi visita era estrictamente académico, que nada tenía que ver con las tristes circunstancias que reunían en la casa del difunto Orlando Ros a policías, periodistas y curiosos. Entonces levantó la mirada.

– ¿Ha dicho una biografía?

Asentí con la cabeza.

– Soy un gran admirador de la obra de Orlando Ros. He leído todos sus libros y ahora tengo la oportunidad de escribir mi tesis doctoral sobre su vida y su obra... la relación entre ambas... No es un asunto sencillo y, en vista de los acontecimientos, pensé que tal vez usted pudiera aclararme algunos puntos...

El hombre hizo un gesto de rechazo con las manos.

– No me venga con cuentos, joven. No debería perder el tiempo en asuntos como éste, aquí no hay nada que encontrar, véame a mi: ordeno sus cosas y espero. Eso es todo.

– No deseo hurgar en las circunstancias de su muerte. Entiendo que para usted ha debido ser muy duro, pero sepa que mi estudio puede ayudar a restaurar el buen nombre de Ros... y la valía de su obra.

El hombre sacó del bolsillo de su chaleco un caja de cerillas y rasgó un fósforo. Encendió el pitillo y las volutas azules del cigarro ocultaron su cara. Su pecho emitió un leve quejido de viejo fumador cuando, con mano temblorosa, llevó el cigarro a sus labios y aspiró el humo.

Supe que me estaba midiendo. Miraba hacia las verjas del jardín, tras las cuales de arremolinaban las cámaras de televisión. Me llegó un suave olor mentolado de loción de afeitar.

– Disculpeme, si le parezco brusco, pero todo este asunto me ha afectado más de lo que pueda imaginar... Soy un hombre desconfiado. Mire a toda esa gente husmeando por los cuartos dijo, haciendo un gesto de hastío y desprecio –preguntando tonterías, recogiendo objetos y mechones de cabello en bolsitas de plástico... Y luego los periodistas, ¡cómo los odio!, con sus estúpidas historias, fíjese qué titulares– dijo al tiempo que golpeaba con el dedo índice un periódico de la mañana que mantenía abierto en el regazo –“El novelista Orlando huye al extranjero tras asesinar a su amante”. ¿Usted cree que hay derecho?, o esta frase: “Su mujer desconocía la doble vida del escritor”. ¡Que sabrán ellos!

Trató de recomponer su postura, dobló el periódico y limpiando una invisible mota de polvo de su pechera, dijo:

– Entenderá ahora que desconfíe de los periodistas, de la policía, de los biógrafos y los estudiosos de su obra. Disculpeme, pero no creo en ustedes, o mejor dicho: nada me inclina a pensar que encuentren la verdad con sus sofisticadas teorías... Siempre están tratando de elaborar una explicación que justifique una vida y una muerte, ni siquiera creo –al menos en la mayoría de los casos, yo no dudo de su honradez– que busquen la verdad, sino simplemente cumplir con su obligación: rellenar un expediente, redactar un informe técnico que se empolvará en el archivo de la policía científica o en la penumbra de un departamento universitario, y que nadie reclamará ni consultará nunca... Usted, finalmente, se conformará con escribir una biografía que dada la fama del señor Orlando le reportará cierto renombre... Un trabajo oportuno, ¿verdad?

– Yo no...

– No, no diga nada, tal vez sus intenciones sean buenas, pero finalmente me dará la razón, ya lo verá. Acuérdesse de esto: al final todo quedará malo-

grado... y pervertido. Ya conoce el refrán: “Los cementerios están llenos de buenas intenciones”.

–Una biografía– dijo como si pensara en voz alta, con el cigarrillo, casi consumido, pegado al labio superior.

– Acompáñeme – susurró, incorporándose.

Era más alto de lo que había imaginado. El pelo débil, pajizo, peinado hacia atrás y el bigote rubio, con las puntas enceradas, le daban un cierto aire melancólico de fotografía antigua. Le seguí a través de un pasillo cuyas paredes estaban cubiertas de vitrinas, con libros antiguos y pequeños objetos de anticuario, identifiqué una caja china, un pequeño elefante de marfil, un *tanto* japonés, varias terracotas de diferentes tamaños y una amplia colección de plumas estilográficas.

Me cedió el paso a una pequeña estancia, a través de cuya ventana se vislumbraba la entrada a un invernadero.

– Tome asiento, por favor. ¿Un cigarrillo?... ¿desea tomar algo o es muy temprano? Yo me serviré un whisky.

De un cajoncito del escritorio sacó una petaca del color de la plata vieja y un pequeño vaso de cristal azul que después de llenar levantó a la altura del mentón.

– Salud.

Escuché al mayordomo con esa distancia que nos imponemos ante la sospecha de un fraude, pero también, y conforme avanzó a trompicones a través de su monólogo con desvaríos y circunloquios –como un excursionista perdido que trata de volver sobre sus pasos, pero acosado por el miedo ante la perspectiva de pasar una noche en la penumbra inescrutable de un bosque– atendí a sus palabras con esa rara y morbosa delectación que proporcionan ciertos hombres que parecen haber adoptado una forma de vida propia de un ser de ficción, como escapados del capítulo de una novela o del turbio decorado de una película en blanco y negro.

– ¿Le importa que tome algunas notas?

El negó con la cabeza.

– Bien, veré, todo empezó hace apenas seis meses. Ellos se volvieron muy extraños, no sólo para la vecindad, también para sus amigos, a los que ya nunca visitaban ni recibían en el salón durante las noches de verano, como hace años, en largas veladas de conversaciones y... bueno, por qué no decirlo, de cierto escándalo... usted comprenderá: jóvenes, guapos, con dinero y fama... podían permitirle todo, incluso algunos juegos que, si me lo permite, yo juzgaría de peligrosos...

Le miré con extrañeza.

– ¿No sabe a qué me refiero? Veré, el señor Orlando era prudente, silencioso al principio; pulcro en el trabajo, disciplinado y riguroso en sus asuntos... mantenía ante todo una distancia... ¿como diría?... aristocrática. Sí, eso es, aristocrática; era un hombre elegante –y créame que no me refiero sólo a su modo de vestir–, parecía que las cosas pasaban a su lado sin rozarle, como si el éxito de sus libros y toda la algarabía que a su alrededor se montaba no fueran con él. Elegante, ya le digo. Pero cuando llegó la señora Mariana, tan brillante, tan sofisticada, tan ruidosa, el señor pareció despertar. Se diría que ella hizo estallar su timidez, que rompió la distancia que él interponía frente a las cosas y que el señor Orlando acertó a valorarse de otro modo. Le hizo

descubrir facetas de su vida que él nunca hubiera explorado, porque hasta entonces no le eran necesarias. Aquí vivía feliz, rodeado de sus cosas y de amigos que le apreciaban... entregado a un trabajo que le reportaba la admiración de todos. Pero creo que ella, al mostrarle otros caminos y otros territorios, consiguió que aflorara lo mejor de él... y también lo peor.

– No sé si comprendo – dije, apartando a un lado la libreta de notas.

– Trataré de explicarme. Ella alteró sus hábitos: empezó a escribir cuando antes nunca lo hacía o paseaba en bicicleta a la hora de la siesta, descuidó sus deberes editoriales, se hizo extremadamente susceptible... Es cierto que coincide con la etapa más creativa del señor, pero también fue la más tormentosa... Se preguntará cómo sé todo esto: llevo treinta años en la casa, casi vi nacer al señor Orlando, ¿cómo no iba a darme cuenta de que todo estaba cambiando?, y lo que es peor: ¿cómo permanecer impasible ante la transformación que se estaba operando en él y en la casa?

Si me disculpa, me serviré otro whisky... ¿seguro que no desea tomar nada?

Sin esperar mi respuesta, el mayordomo volvió a escanciar el alcohol en el vasito azul. Me fijé que en su dedo anular lucía una piedra negra con montura dorada.

– Un día traté de advertirle. Fue un mediodía, poco antes del almuerzo, él me preguntó qué opinión me merecía la señora Mariana, y yo, por vez primera en mi vida, expresé lo que pensaba. Dije: “Señor, creo que esa mujer no es buena para usted”. ¿Y sabe qué me contestó? Se volvió hacia mí de espaldas a la luz del ventanal y, apoyado contra el vidrio dijo, mientras me apuntaba con el dedo tembloroso: “Nunca, nunca más vuelvas a decir nada parecido”. Así fue. Y a partir de entonces tuve que conformarme con asistir, como un espectador, primero al declive, después al desmoronamiento de todo.

El hombre agachó la cabeza. Volví a sentir el olor mentolado de la loción de afeitar. A lo lejos se escuchó el ladrido de un perro. Sostuvimos el silencio un rato, yo revisando mis escasas notas, preguntándome si aquel hombre sería un farsante, él con la mirada perdida en algún punto del jardín. El mayordomo respiró hondo y me miró con sus ojos azul atlántico.

– Disculpe ... ¿Por dónde iba?

– Estaba diciendo que Orlando Ros empezó a cambiar...

– Mire, el señor siempre fue afable, incluso encajaba bien las críticas... nunca le oí quejarse, tenía curiosidad, aprendía de cualquier cosa o circunstancia, pero de repente pareció comprender que el pasado había sido un engaño, una falacia, siempre soportando a impertinentes gacetilleros que nada le reportaban sino una constante traición a su naturaleza y a las últimas intenciones de su obra. Fue la señora Mariana quien le hizo ver eso. No me pregunte cómo, es la química del amor... o de la locura. Entonces fue cuando golpeó a aquel crítico que escribió un artículo poco respetuoso de *La caja negra*... Tal vez haya oído hablar de aquello... un suceso, cómo diría... embarazoso: le esperó a la salida del periódico y le rompió la mandíbula de un puñetazo... Descargó toda su ira contenida contra aquel pobre hombre. Se armó un gran revuelo, incluso recibió anónimos amenazadores. Puede consultar en las hemerotecas, allí encontrará todo; la prensa local se hizo eco del suceso... El caso es que la bola de nieve comenzó a girar. Y él, en vez de pedir disculpas, comenzó a alimentar una fama poco recomendable en una ciudad como ésta; se emborrachaba como un caballo y entraba en el casino o en las

fiestas dispuesto a que no se olvidaran de él. Lo peor de todo ocurrió una noche que tuvieron que recogerlo de la calle con una brecha en la frente, casi desangrado contra la acera. Unos matones le esperaron a la salida de un bar infecto y le golpearon. Pudieron matarlo. Sufrió dolores de cabeza durante dos meses, no podía escribir, ni leer. Creí que estaba enloqueciendo. Después de aquello se encerró en casa. Nunca volvió a pisar la ciudad. Como un lobo. Se diría que vivía en otra parte, en las afueras de la vida normal y de su pasado. Renunció a todo eso. Rompió los últimos vínculos que le unían con su vida anterior y se encerró en sus libros. Me lo dijo una noche que tuve que recogerlo de la alfombra, completamente borracho: “¿Sabes, Guzmán? Vivo en un bosque de palabras”.

Creo que me serviré otra copa.

– Verá, entre sus amigos más íntimos se encontraba Isaac Rabel, un judío al que el señor conoció en sus años de estudiante. He de confesarle que a mí nunca me gustó, no porque fuera judío, respeto a esa gente, sino porque había algo en él, cómo diría... falso. Si le interesa, puedo facilitarle una fotografía...

El hombre se incorporó del sillón y sacó un pequeño álbum.

– Mire, se la hice yo, ahí mismo –dijo señalando a través de la ventana–. Veá, es éste, el de la izquierda... no me diga que no es algo siniestro: ese mentón, ese labio neperino... no sé, tal vez a usted le parezca que exagero... pero yo tengo mis motivos, además, no me diga por qué, pero creo conocer bien a la gente a los pocos minutos de tratarla, y en cambio con Rabel jamás pude saber a ciencia cierta qué o quién era, qué pensaba, qué quería... Sólo puedo decirle que estaba tocado por el ingenio, pero que también en él el fingimiento era un hábito. Por eso, la tarde que le vi aparecer en el porche de la casa, con una cesta de cerezas bajo el brazo y una botella de champán en la mano, yo hubiera jurado que tras su apariencia de hombre de mundo, desenvuelto e ingenioso, había una actitud reverencial hacia el señor Orlando que a mí no me pasó deapercibada.

– ¿Ha dicho Isaac Rabel? – dije, apuntando el nombre en mi libreta.

– Entre ella, el señor e Isaac se estableció una amistad, que como comprenderá, y dados los ingredientes con que se coció su relación, a la postre llegaría a ser enfermiza: esas relaciones que nacen viciadas y que finalmente dejan tras de sí uno o varios cadáveres.

El señor e Isaac Rabel parecieron recuperar los vínculos que les unían cuando eran adolescentes –o al menos así lo parecía– y ella, aunque recelosa al principio, aceptó de buena gana al judío; era un hombre rico, bien parecido, cultivado y viajero, con esa rara extravagancia que tanto atraía a la señora Mariana; reía sus ocurrencias y al final paseaban los tres cogidos del brazo por el jardín... Finalmente Isaac se estableció una temporada en la casa, arriba, en el segundo piso. Cada día bebían más y llegó un momento en que su relación estuvo mediatizada por el alcohol. Al final parecía que sólo borrachos podían aguantarse... Para entonces el señor Orlando había dejado de escribir... Ya no reían a carcajadas en el salón, sino que se quedaban sentados en los sofás bebiendo en silencio, como si se vigilaran o temieran que algo fuera a ocurrir, mirándose de reojo mientras yo les servía el penúltimo whisky de la noche. Es como si los viera ahora mismo –dijo abriendo los ojos, mirando algún punto situado a mis espaldas–, recuerdo que en la sala sólo se escuchaba el chisporrotear de las llamas, daba miedo verles, callados, con el rostro iluminado por

la luz de la chimenea y sus sombras agigantadas en la pared de la sala... Aquello no podía durar mucho tiempo y el triángulo se deshizo.

– ¿Cómo ocurrió?

– Todo comenzó cuando programaron el viaje. Verá, en el mes de noviembre Isaac Rabel les propuso pasar el Año Nuevo en Venecia; una especie de tregua, un cambio de escenario y de paisaje que les permitiera reencontrarse... Bueno, al menos así lo interpreté yo cuando el señor me comunicó su partida. Se fueron los tres a finales de diciembre. Regresarían en la primera semana de enero. Algo terrible debió de ocurrir durante ese viaje, algo extraño que estalló entre ellos. Primero regresó ella, sola, debió ser el día tres o cuatro de enero, con el rostro ensombrecido y sin maletas. Se encerró en su habitación sin decir nada. Estuvo así durante tres días, caminando por su cuarto. Desde aquí escuchábamos sus pasos resonando contra la madera, allí arriba –dijo señalando con el dedo. Caminaba sin parar, primero por las habitaciones, abriendo y cerrando puertas, y luego por el pasillo de arriba a abajo, día y noche. Y nosotros escuchábamos sus pasos desde la cocina, preguntándonos qué debíamos hacer. Yo le dejaba bandejas con comida en la puerta de la habitación, pero no probó bocado en una semana, hasta que apareció el señor.

Hubo una discusión muy violenta, con ruidos de mesas de cristal rotas, estanterías por el suelo y retratos rotos. El señor bajó las escaleras con un pañuelo ensangrentado envuelto en el dorso de la mano, y ella detrás, llorando, agarrada a la manga de su americana. Recuerdo que le dije si necesitaba ayuda. Pero él me miró como si yo fuera transparente. Su mirada me aterró, créame si le digo eran los ojos de un loco. Luego salieron al jardín... y bueno, el resto ya lo sabe. Fui yo quien encontró los cadáveres en el invernadero. De no ser por los tiestos rotos y la tierra de las plantas derramada por el suelo, hubiera creído que dormían. Dicen que no sufrieron, que fue una muerte dulce... Fue después de llamar a la policía cuando encontré el frasco de pastillas vacío sobre la alfombra de su cuarto.

– ¿Y qué ha sido de Rabel?

De Isaac Rabel sólo le puedo decir que no ha regresado por aquí. Yo no quiero aventurar explicaciones ni hipótesis que pudieran dañar la reputación del señor Orlando... aunque ya poco importa: la policía y los periodistas se han ocupado en destruir su memoria de hombre juicioso convirtiéndolo en un asesino sin escrúpulos o en algo peor... Pero eso sólo podrán probarlo cuando aparezca el cadáver de Rabel. Si es que aparece. Le confieso –dijo con una media sonrisa– que a veces fantaseo con su muerte e imagino que aparece su cuerpo, flotando en algún canal pestilente de Venecia...

Poco después de aquello encontré esta carta del señor; bueno, no sé si sería apropiado llamarlo carta, más bien parece un diario o una confesión... No soy el más indicado para juzgar el escrito, y no quiero entregárselo a esos carroñeros... Tenga –dijo sacando de entre el chaleco un cuaderno de tapas negras– tal vez encuentre ahí lo que busca, o algo de interés para su libro.

– ¿Puedo quedármelo? – dije un poco incrédulo.

– Si quiere saber mi opinión, no hay nada que explique su muerte... Por favor, trate de restaurar su memoria. Mándeme un ejemplar del libro cuando lo publique. Yo seguiré aquí, ordenando los papeles del señor Orlando y metiendo bolitas de alcanfor entre sus ropas.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Juan Gracia Armendáriz nació en Pamplona el año 1965. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra, ha cursado estudios de Filología y Estética de las Artes en la Universidad Autónoma y Complutense de Madrid, en donde imparte, actualmente, clases de Literatura Española, en su Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación.

Ha ganado varios premios literarios y su obra poética y narrativa ha sido incluida en diversas antologías. Asimismo ha colaborado en medios periódicos y revistas literarias, como *Ínsula*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El gacena*, *Río Arga*, Suplemento Cultural de *Diario 16*, *El Mundo* y *Heraldo de Aragón*, entre otros.

Ha recibido ayudas a la creación literaria del Gobierno de Navarra (1985 y 1998) y del Ministerio de Cultura (1993).

Su obra literaria consta de los títulos:

Como si al otro lado latiera. Madrid, Endymion, 1994.

Noticias de la frontera. Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994.

Relatos hiperbreves, Barcelona, Tusquets, 1996.

Queridos desconocidos, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1999.

Inédita, obra poética y narrativa.